

Al respecto de la desaparición de Méndez

Luego de que nos fuimos a vivir a La Floresta, muchos de nuestros hábitos de vida cambiaron radicalmente. En primer lugar, el silencio. Veníamos de vivir en una casa pequeña, situada casi al final de la Avenida Elena, donde en el día siempre había ruido de camiones, motocicletas, ambulancias y el natural barullo de los mercados. Durante la noche también se escuchaba el ruido de los camiones y de las ambulancias; y a veces también hasta de balazos. Yo estaba contento porque por fin estuvimos lejos de los familiares de mi mujer, que se 'viven metiendo en lo que no les importa y siempre están dando opiniones que nadie les pide.

Durante las primeras noches sólo escuchábamos el canto de los búhos, el viento corriendo por entre los pinares y luego el silencio casi absoluto. En la madrugada nos despertaban los pájaros con su feliz concierto. y a lo mejor habían otros ruidos, pero de tan ocupados que estábamos ni siquiera poníamos atención en ninguna otra cosa que no fuera poner todo en su lugar.

Nuestra casa estaba situada en medio de un bosque, y los ver el gran espacio a su disposición, el perro mostraba su felicidad dando ladridos alegres.

Al segundo domingo de habernos instalado a vivir allí, luego de haber almorzado tarde y de haber terminado de desempacar las últimas cosas, les dije a mis hijos que saldríamos a dar un paseo para conocer los alrededores. Mi mujer los abrigó como si se tratara de ir al Polo Norte. Se lo reclamé y me respondió que uno nunca sabe con eso de un mal aire. Cuando salimos me recomendó, no sin cierta sorna, que tuviera cuidado con las culebras y las arañas. Le dije que no tuviera pena e iniciamos nuestra caminata. El aire era fresquísimo, el canto de los pájaros y los ruidos propios del campo nos tenían fascinados. Los niños se asombraban ante casi cualquier cosa.

Luego de haber caminado algún trecho comenzamos a escuchar el ruido de vehículos desplazándose por alguna carretera, hasta que llegamos a un claro donde, para mi sorpresa, se hallaba estacionado un camioncito. Dando ladridos escandalosos, nuestro perro se adelantó a husmear. Pudimos ver entonces a tres individuos que estaban cavando una fosa. En cuanto advirtieron nuestra presencia suspendieron su labor y se nos quedaron mirando. A un lado del vehículo había un bulto del tamaño de un hombre. Se trataba de en una bolsa negra de plástico. Cuando terminé de comprender lo que estaban haciendo me asusté. Llamé a gritos al perro, tomé de las manos a mis hijos y decidí continuar con nuestro camino como si allí no estuviera ocurriendo nada. Pasamos cerca de ellos y casi sin mirarlos les dije buenas tardes. Ni siquiera me respondieron. Seguimos caminando, dándoles a entender que no habíamos visto nada. Mi hijo más pequeño me preguntó qué era lo que estaban haciendo los señores. Le respondí que estaban trabajando. Durante algunos momentos, que me parecieron demasiado largos, me vino la certeza de que nos harían algún daño. Cuando consideré que la distancia era apropiada dimos la vuelta y volvimos a nuestra casa.

Hasta entonces me di cuenta de lo asustado que estaba. Le conté a mi mujer lo que nos había ocurrido y mi preocupación por que los individuos nos hubieran seguido. Ella sólo se quedó pensando y aprovechó para recordarme que nunca había estado de acuerdo con que nos fuéramos a vivir a un lugar tan lejano y solitario. Como advirtió mi silencio, comprendió que no valía la pena iniciar una nueva discusión, entonces me dijo, a manera de quitar el disgusto, que no creía que nos hubieran seguido; que terminarían lo que estaban haciendo, se irían y todo quedaría en paz.

Esto viene a mi memoria a raíz de la desaparición de Méndez, el tío de mi mujer, que salió de su casa un día sábado con Rosa, su compañera de vida. Ella tenía que hacer algunas compras en el supermercado y él cobrar un dinero que alguien le debía a raíz de la venta de un automóvil. Según explicó Rosa, la dejó en el estacionamiento del supermercado, le dijo que hiciera sus compras pero que

no se fuera a tardar más de media hora porque él volvería pronto. Ella le dijo que estaba bien. Méndez se fue a cobrar su dinero y después, ni ella ni nadie volvieron a verlo jamás.

La persona a quien Méndez dijo que iría a cobrar explicó que, efectivamente, Méndez había llegado, que conversaron un poco de todo, que le había entregado el dinero que le adeudaba y luego se despidieron.

El negocio consistía, tal como arriba quedó anotado, en que Méndez le había vendido un vehículo, el amigo le había entregado la mitad del valor del mismo cuando hicieron el trato, con la promesa de entregarle el resto una semana más tarde, cuando comprobara que el vehículo estuviera en buenas condiciones. Que no, que no le había entregado ningún cheque porque el mismo Méndez le había dicho que no confiaba en los cheques, aun cuando él le había insistido en lo peligroso que resultaba para cualquiera andar con grandes cantidades de dinero en efectivo, pero Méndez le había respondido que no tuviera pena, que así hacía él sus negocios; y que luego de despedirse le había confiado que iría por su mujer, que lo estaba esperando en el estacionamiento de un supermercado.

La mujer hizo sus compras lo más rápido que pudo, pues ya conocía el mal carácter de Méndez. Pasados cinco minutos de la hora convenida, comenzó a pensar en que nada más lo viera aparecer le reprocharía su impuntualidad. A los diez minutos se había puesto a mirar vitrinas, pero siempre pendiente de su llegada. Cuando se cumplieron 20 minutos le pareció extraña la tardanza y decidió llamarlo a su teléfono móvil, pero nadie le respondió. Al cabo de 45 minutos le comenzó a entrar la preocupación, por lo que llamó al hijo de Méndez para explicarle lo que estaba ocurriendo. El muchacho se encontraba en ese momento jugando un partido de fútbol en el diamante de Vista Hermosa y no respondió la llamada. Luego de una hora la mujer había entrado en un estado grave de inquietud nerviosa; entonces recordó que desde hacía ya tres días estaba padeciendo de un temblor en el ojo izquierdo; que le había hecho el comentario a Méndez, agregándole que estaba preocupada porque cuando le ocurrían tales cosas siempre pasaba algo malo, pero Méndez no le había hecho caso, sino más bien le había dicho que dejara de estar creyendo en premoniciones tontas, ya que cuando las cosas van a ocurrir, sencillamente ocurren; entonces ella ya no le había puesto atención al asunto; pero justo esa mañana el ojo había estado más violento que los días anteriores; sin embargo, en algún momento, y mientras esperaba a que Méndez fuera por ella, la molestia había cesado por completo.

El hijo de Méndez, a quien todo el mundo conocía por Meme, y quien detestaba cordialmente a la mujer de su papá, respondió por fin la llamada cuando terminó su partido de fútbol. Escuchó la voz alarmada de la mujer pero no le prestó atención. Sabía que las mujeres son dadas a magnificar las cosas, por lo que le respondió que en ese momento iba para su casa, y que al nada más terminar de bañarse y de cambiarse de ropa se comunicaría con ella para ver si tenía alguna noticia.

Meme llegó a su casa y saludó a su abuela, quien de inmediato le indicó que había llamado la Rosa diciéndole que estaba muy preocupada porque Méndez había quedado de llegar por ella en media hora, que esas eran las horas que no aparecía por ninguna parte y que ni siquiera respondía a las llamadas al teléfono móvil. Meme siguió sin ponerle atención al asunto. Sencillamente le dijo a su abuela que no se preocupara, que a lo mejor su papá había sufrido algún percance nada serio. Acto seguido se metió al baño, luego se arregló y hasta entonces estuvo dispuesto a almorzar.

A estas alturas su abuela se estrujaba las manos nerviosamente, tenía cara de desconsuelo y al nada más verlo salir del baño se echó a llorar. Meme la abrazó, le besó la cabeza, trató de consolarla diciéndole que no se pusiera así, que tuviera paciencia y que ya vería ella cómo todo se iba a arreglar. La señora terminó de limpiarse los ojos y la nariz, y ayudándose con las manos le pidió que por favor se comunicara con Rosa para saber si tenía alguna noticia. y no de buena gana, pero Meme la llamó.

Ella le respondió inmediatamente y Meme pudo advertir su aflicción. Como si no se tratara de una pregunta demasiado obvia, le preguntó si ya había regresado su papá, entonces la mujer, soltándose en un llanto desesperado e hiposo le respondió que no, que hacía ya tres horas y media se había ido, que ella no se había movido para nada de allí, no fuera a ser que de pronto regresara, pero no había regresado, que no sabía qué hacer y que por favor llegara hasta donde ella estaba porque ya le había entrado la pena y tenía mucho miedo de que a Méndez le hubieran hecho algún daño.

Luego de dicha conversación, Meme le dijo a su abuela que iría a ver qué podía arreglar; le recomendó que no se preocupara porque él estaba seguro de que no había pasado nada malo y que estuviera pendiente de su llamada. y dándole un abrazo cariñoso se despidió, no sin antes recibir la bendición que ella acostumbraba darle siempre que salía de la casa. La buena señora le dijo que en ese momento encendería una veladora a la Virgen de Guadalupe y le pediría mucho por que a Méndez no le hubiera sucedido nada malo.

Cuando Meme llegó hasta donde la mujer de su papá le dijo que estaría esperándolo se puso a buscarla, pero debido a la gran cantidad de vehículos y de gente no la pudo hallar, por lo que la llamó a su teléfono móvil. Se sorprendió al comprobar lo cerca que se encontraba de ella. Le vino el desagrado que siempre le venía cuando la miraba, pero tales molestias las dejó para más tarde. Total, se trataba de que su papá se había ido a hacer una diligencia que no le llevaría más de media hora y hacía cuatro que no aparecía. Meme marcó el número de su papá desde su teléfono móvil y pudo comprobar que, efectivamente, nadie respondía. La mujer, que se había mantenido tensa y visiblemente preocupada, de pronto se soltó a llorar a gritos. Meme la tomó de los hombros, se la quedó mirando fijo a los ojos y le dijo que se calmara, ya que no iban a ganar nada si se ponía a llorar de esa forma y le preguntó si sabía quién era la persona a donde su papá había ido a cobrar el dinero que dijo que iría a cobrar. Ella le dio respuestas vagas, y no porque quisiera hacerlo, sino porque a Méndez no le gustaba que nadie supiera nada de sus negocios. Luego de más de una hora de espera, Meme llegó a la conclusión de que no iban a resolver mucho si continuaban allí parados, por lo que le dijo a la mujer que la iría a dejar a su casa y luego iría a la Policía a dar parte del hecho.

Gracias a algunos documentos que Méndez mantenía guardados bajo llave, y que Meme logró recuperar a fuerza de romper la gaveta de un escritorio, pudieron saber quien era la persona a la que Méndez había ido a cobrar. Meme lo llamó en ese mismo momento. El hombre le respondió muy amablemente que sí, que Méndez había estado con él esa mañana, que él le había entregado un dinero que le debía y luego se había marchado porque, según le dijo, su mujer lo estaba esperando en el supermercado.

Las fotografías de Méndez salieron en dos periódicos mientras Meme se comunicó con los pocos parientes con quienes mantenía alguna relación. Fue por eso que nosotros nos enteramos del asunto, ya que llamó a mi mujer y le pidió que si llegábamos a saber algo, inmediatamente lo llamáramos.

Meme abandonó las cosas de su trabajo y hasta a su propia familia y se puso a buscar a su papá en todos los lugares en donde creyó que lo encontraría; o donde supuso que al menos hallaría alguna pista, pero luego de quince días no había podido encontrar ningún camino que lo condujera hasta su papá. Se presentó varias veces a los periódicos para hacer llamados a la gente para que lo ayudaran, pero tampoco obtuvo respuesta. Pidió a los secuestradores, si es que se trataba de un secuestro, que por favor se comunicaran con él lo antes posible para iniciar alguna negociación, pero tampoco nadie respondió nada. También dio aviso de que su papá era diabético y hasta dio los nombres de las medicinas que usaba. Las personas de los periódicos se mostraron colaboradoras, pero no más de una semana, ya que de sobra sabían que después de una semana ya nadie aparece. y es que además, aquí pasan tantas cosas que a la gente se le olvida casi de inmediato lo que ocurrió apenas ayer.

Como se dejó entrever arriba, Meme no soportaba a su madrastra, pero de pronto llegó a comprender que en las circunstancias como las que estaban viviendo había que ser solidario. Y es que la vio llorar su pena ante esa incertidumbre capaz de matar a cualquiera, la vio enflaquecer de un día para otro y comprendió que, con las debidas distancias, estaban padeciendo los efectos de una pena común.

Luego de tres semanas de la desaparición de Méndez, a Meme se le afianzó totalmente la certeza de que a su papá lo habían matado para robarle el dinero que había cobrado. El sospechoso principal venía a ser la persona con quien había hecho el negocio del automóvil, pero no tenía ninguna forma de comprobar dicha hipótesis.

Desde que lo conocí, siempre guardé cierto especial afecto por Méndez. Es que era uno de los pocos parientes de mi mujer con quien se podía mantener una relación cordial, al igual que con Meme, ya que nunca se metían a querer arreglarle la vida a la gente. Por dicha razón, desde la desaparición de Méndez, comencé a llamar a Meme por lo menos una vez por semana. Siempre me respondía que no, que aún no había logrado averiguar nada; entonces yo le decía que podía contar conmigo, aun cuando yo mismo no sabía en qué forma lo podría ayudar.

Luego de seis meses de la desaparición de Méndez, fuimos a visitar a Meme. Lo hallamos triste. Nos dijo que lo peor de todo era que su papá había hipotecado una de sus casas con un prestamista particular; que el hombre era amable pero duro para cobrar; que desde el mero principio le había dicho que sentía mucho lo que le estaba ocurriendo, pero que esperaba que le cumpliera con los pagos porque él también tenía compromisos económicos que debía satisfacer. Cuando le pregunté qué estaba haciendo para resolver el asunto, me respondió que ya había hecho todas las cosas que creía que se podían hacer, pero no había logrado nada. Que en el Ministerio Público tenían abierto el caso, pero que tal dichoso Ministerio Público era igual que nada porque se había dado cuenta de que no servía para mucho, y me volvió a decir que estaba casi seguro de que el responsable de la desaparición de su papá era el individuo a quien le había ido a cobrar el dinero que le debía.

Luego de decirle una vez más que podía contar conmigo para lo que fuera necesario le di un abrazo y quedamos en comunicarnos más frecuentemente para conocer los adelantos del asunto. Tal como ya lo dije, al principio lo llamaba a cada semana, pero conforme fue pasando el tiempo fui espaciando mis llamadas. Es que uno llega a estar tan involucrado en sus cosas que muy a menudo, aunque quiera estar al tanto de la familia, no le es posible.

Cuando se cumplió un año de la desaparición de Méndez, decidimos con mi mujer visitar a Meme. Lo encontramos resignado. Tal como me lo había dicho ya varias veces, su mayor sospecha recaía sobre el deudor de su papá, y que en su vista había acudido a la Policía. Que ahí, a fuerza de ruegos y dinero habían enviado a dos Agentes a decirle al tipo que estaba siendo investigado por la desaparición de Méndez, pero también le dijeron que era su hijo quien los había mandado y hasta le propusieron que si les daba algún dinero dejarían de molestarlo. Casi inmediatamente, Meme comenzó a recibir llamadas telefónicas anónimas en las que le aconsejaban dejar las cosas como estaban porque le podía ocurrir algo malo; que conocían su dirección y a toda su familia, y que lo más prudente era que no moviera las aguas de ninguna forma porque ya Méndez estaba descansando muy lejos y muy en paz. Ante tales llamadas, Meme desistió de cualquier búsqueda y se resignó a aceptar la desaparición definitiva de su papá. A modo de protesta mandó a hacer una lápida de mármol que colocó en la parte exterior de su casa, con una leyenda que dice:

"PADRE QUERIDO, EN CUALQUIER LUGAR EN DONDE TE ENCUENTRES, TE DOY GRACIAS POR HABER SIDO UN HOMBRE BUENO Y HONESTO ... "

La leyenda es prolija en exaltar las virtudes de Méndez, cosa que en vida de su padre, Meme nunca reconoció; además de que nunca le perdonó el hecho de que se hubiera ido a vivir con otra mujer mientras dejaba abandonada a su mamá, quien se había muerto de la tristeza.

Aparte de los problemas que sobrevinieron con el enredo de las propiedades que Méndez poseía, quedaron deudas que hubo que cubrir; sin embargo, los problemas se fueron solucionando con el tiempo y con el dinero que Meme tuvo que pagar a los abogados. Dinero que después le regresó con creces debido a que resultó ser el heredero universal de los bienes de Méndez. A Rosa no le dieron nada porque, tal como bien lo afirmó Meme, legalmente nunca tuvo vela en ese entierro.

La última vez que fui a visitar a Meme me dijo, con un tono que denotaba su indignación, que estaba seguro de que lo que le había ocurrido a su papá había sido que la persona a quien le había ido a cobrar el dinero que le debía, o lo había matado allí mismo, o lo había amenazado de tal forma que su papá, dada su condición de diabético sobreviviente de un coma reciente, se había muerto del susto; entonces se lo había llevado a enterrar a alguna parte o lo había desaparecido de alguna forma, porque luego de dos años de su desaparición, se había enterado por los periódicos que se había girado una orden de captura en contra de dicha persona a raíz de haber cometido varias estafas y otros delitos; todos relacionados con dineros ajenos.

Todo esto vino a mi memoria después de que con mis hijos nos encontráramos con los individuos del camioncito la tarde del domingo de hace ya varios años.

Aquí nunca pasa nada

Viernes. Efímera felicidad ante la finalización de la semana. Ese medio día, al llegar hasta mi carro el cuidador me indicó que la llanta trasera izquierda estaba pinchada. Le di las gracias y le pagué por la cuidada, luego comprobé que, efectivamente, la llanta trasera izquierda estaba baja de aire; sin embargo consideré que tratándose de una llanta de las que no necesitan cámara, podría llevar el vehículo hasta el primer pinchazo que encontrara en el camino. De pronto advertí que tenía deseos de orinar, pero calculé que tendría suficiente tiempo para arreglar la llanta y luego llegar a mi casa.

Durante el trayecto fui buscando algún servicio de reparación de llantas, y de nuevo tuve conciencia de la gran cantidad de negocios de diversa índole que existen en las calles. Tiendas, farmacias, comedores, Etc., pero no había ninguno de pinchazos. Conforme fui acercándome a mi casa el tráfico se hizo menos denso, entonces recordé que en cierta esquina había uno de esos negocios. Al llegar le indiqué a un individuo, que dormitaba sobre un sillón desvencijado y sucio, que necesitaba reparar la llanta. Se levantó con desgano, se me quedó mirando con ojos que denotaban pereza o cansancio, sacó sus herramientas, desmontó la llanta y la llevó hasta un tonel metálico cortado por la mitad que contenía agua turbia. La introdujo ahí, entonces pequeñas burbujitas delataron el lugar en donde estaba el daño.

Por alguna causa que nunca me he podido explicar, cada vez que se me pincha una llanta me pongo a observar lo que está haciendo el que las repara. Y aun cuando no se trate de alguna llanta, me gusta observar lo que hacen los mecánicos cuando están haciéndole alguna reparación al carro.

y ahí estaba yo, mirando lo que hacía el individuo, cuando de pronto se apareció un muchacho flaco, pálido y nervioso. Un mechón de pelo le caía a cada momento sobre la frente, y como si se tratara de un tic, él se lo echaba para atrás. Mientras sacaba una pistola que llevaba debajo de la sudadera nos indicó, casi a gritos, que se trataba de un asalto. Como ese tipo de acontecimientos ya me habían ocurrido otras veces, me quedé quieto; y aun cuando sabía que sólo era cosa de mantener la calma, me asusté, ya que el ladrón lucía sumamente nervioso.

—¡Quietos hijos de la gran puta, porque ahorita me los quiebro!

Su voz sonaba tensa y el arma le temblaba en la mano. De inmediato pensé en la mala suerte. Yo llevaba un dinero de la empresa, que debía depositar en el Banco. Me. llevé la mano al bolsillo donde guardaba mi cartera, pero tal movimiento hizo que el hombre-me apuntara con el arma.

—¡Cuidado hijo de la gran puta, si hacés un movimiento en falso aquí te morís!

Y justo cuando iba a explicarle que sólo quería sacar mi cartera para entregarle el dinero, el muchacho del pinchazo tomó un cuchillo que le servía para hacer su trabajo, un cuchillo de veras enorme, como de carnicería, y con un movimiento extraordinariamente rápido se dejó ir sobre el ladrón y se lo ensartó en el estómago. Luego de un breve forcejeo le dio un golpe con la rodilla y cuando lo tuvo en el suelo continuó golpeándolo hasta dejarlo quieto. El ladrón comenzó a echar sangre por la boca, se llevó las manos al abdomen y se acurrucó. Todo sucedió tan rápido que cuando me vine a dar cuenta ya me encontraba en la calle. Afuera estaba otro individuo de apariencia similar al que había quedado adentro. Me lo quedé mirando y entonces de veras me asusté; sin embargo, éste, al asomarse a la puerta del negocio y ver lo que había sucedido, se retiró de ahí casi corriendo. Aparte de nosotros, nadie se había dado cuenta de nada. Pensé que debía irme inmediatamente del lugar, pero no podía hacerlo porque al carro le faltaba la llanta. Cuando asomé la cabeza dentro del cuartito pude ver que el muchacho del pinchazo lucía pálido y tembloroso. Tenía los ojos un tanto desorbitados y respiraba

jadeando. Creí que había sufrido algún daño, pero estaba ileso y aún sostenía el enorme cuchillo en la mano. Cuando me vio lo dejó caer al suelo. Lucía manchas de sangre en la playera. Sentí un olor extraño; un olor que no había percibido nunca antes en ninguna parte y que no puedo describir. A lo mejor así es el olor del miedo.

—Hágame un favor —me dijo—, sálgase a cuidar su carro. Yo voy a cerrar la puerta para que nadie vaya a estar viniendo a ver nada.

—¿Y mi llanta? —le pregunté.

—Hágame el favor, salga, sólo quiero calmarme un poco y pensar en lo que vaya hacer.

No tuve más remedio que hacer lo que me había indicado, mientras él cerraba la puerta. De pronto comprendí que mi situación era muy arriesgada. El compañero del ladrón se había marchado de ahí, y lo más probable era que volviera para vengar a su amigo. Esperé uno o dos minutos, hasta que me comenzó a entrar el desasosiego. Como no podía hacer nada decidí pasarme al otro lado de la calle y desde ahí me quedé observando. Entonces sentí de nuevo el deseo, ahora urgente, de orinar. Me recordé de la gente que se pone atrás de cualquier poste y se orina sin la menor pena. Y también recordé que siempre he visto tal cosa como un acto de mala educación. De pronto se abrió la puerta del negocio. El muchacho salió y se puso a mirar para todas partes. Le hice señas y me indicó que me acercara. Seguía pálido y mostraba un ingobernable temblor en las manos.

—Este hijueputa ladrón nos vino a asustar con una pistola de juguete— me dijo—, pero la cosa es que me lo eché. Le vaya colocar la llanta a su carro, pero quiero que me ayude a sacar a este tipo de aquí.

Le dije que estaba bien. y se lo dije porque no tenía alternativa, aun cuando, pensé que una vez hubiera colocado la llanta, bien podría irme de ahí inmediatamente. No sin cierta dificultad, por el temblor de las manos, el muchacho colocó la llanta; y una vez que la hubo colocado me hizo señas para que de nuevo entráramos al negocio.

—Mire —me dijo—, a esta hora es raro que pase gente a pie. Ya ve que casi sólo carros pasan, y siempre van rápido. Miremos que no venga nadie por ningún lado, entonces lo sacamos y lo dejamos ahí sobre la banqueta.

Estuve tentado a decirle que no participaría en el asunto, pero por alguna causa que aún no comprendo le volví a decir que estaba bien. Salimos a la calle y comprobé que, efectivamente, era raro que pasara gente a pie por ahí. Cuando lo consideramos oportuno tomamos al individuo, él debajo de los brazos y yo de los pies. Lo sacamos y luego lo dejamos sobre la banqueta, con el cuerpo mirando hacia la pared. Cualquiera que pasara por ahí pensaría que se trataba de algún borracho.

—¿Y ahora qué va a hacer? —le pregunté.

—Cerrar mi negocio —me respondió—; lo tengo que cerrar porque ya no tardarán los compañeros de éste en venir a buscarme.

Hablaba despacio mientras observaba con cierta rara atención los rimeros de llantas usadas que estaban colocadas por todos lados, el equipo con el que desmontaba las llantas y sus herramientas de trabajo.

Entonces de nuevo sentí los enormes deseos de orinar. Le expliqué mi problema. Se quedó pensativo

durante un momento mientras colocaba el cuchillo sobre una mesa que le servía de banco de trabajo.

—Entre ahí —me indicó.

Entré a un minúsculo cuarto sucio y oscuro que olía a orines rancios. Apenas cabía un inodoro que no tenía agua. Al intentar bajarme el zíper del pantalón me di cuenta de que a mí también me temblaban las manos. Cuando por fin pude comenzar a orinar no sentí gusto ante la necesidad satisfecha, sino más bien dolor en el abdomen y urgencia por terminar lo antes posible; además, por haber aguantado tanto tiempo sólo pude echar un chorrillo débil. Debido a la prisa que tenía ni siquiera terminé de orinar totalmente pero no me importó, por lo que me arreglé y salí del cuartito. El muchacho había cerrado la puerta y estaba metiendo sus herramientas livianas dentro de un bolsón. De pronto se quedó mirando el cuchillo, lo introdujo dentro del medio tonel de agua que le servía para inspeccionar las llantas, lo limpió con el mismo bolsón en el que estaba metiendo sus cosas y echó una última mirada a lo que había en su negocio; tal vez con alguna nostalgia. De nuevo sentí deseos de orinar, pero decidí que lo urgente era salir de ahí lo antes posible.

—Bueno —dijo—, entonces nos vamos.

—¿Y qué va a hacer con todas estas llantas?

—Nada. No vaya hacer nada. Aquí se quedan porque no me las puedo llevar a ninguna parte.

—¿Quiere decir que las va a perder?

—Pues sí. ¿Sabe qué es lo que pasa? —me dijo a manera de respuesta a una pregunta que no le había hecho—, que esta es la tercera vez que vienen estos ladrones a joderme, y uno se cansa.

Salimos. Cerró la puerta con candado, se echó al hombro su bolsón y nos despedimos. Una vez que estuve dentro del carro, y ya con rumbo a mi casa, advertí que no le había pagado el costo de la reparación de la llanta. De pronto me vino un acceso de alteración nerviosa tan grave, que tuve que detenerme en una esquina. No sé cómo explicarlo pero no podía controlar el temblor de mis manos y de todo mi cuerpo, y fui sintiendo cómo, sin quererlo, me orinaba lentamente. Quise continuar mi camino pero una rotunda flacidez se había apoderado de mí. Mis brazos y mis piernas eran colgajos que no me obedecían. y así transcurrieron varios minutos mientras que una grave confusión no me permitía pensar ni actuar de ninguna forma.

Cuando me fue volviendo la calma pensé en lo que tendría que hacer para pasar desapercibido al caminar desde donde estaciono el carro hasta mi casa, Luego pensé en el individuo que había quedado muerto sobre la banqueta. Recordé la terquedad de su fleco, sus ropas pobres y sus zapatos tenis, que era lo único que parecía nuevo. y recordé que yo llevaba un dinero que no era mío.

Al cabo de un rato, y de que me volvieran las fuerzas, continué la marcha. Cuando por fin llegué a mi destino me bajé del carro, me coloqué el saco en la parte delantera de mis pantalones a manera de delantal para que nadie notara nada y caminé rápido. Afortunadamente no había gente ni en la calle ni en mi casa. Llegué hasta mi habitación, me quité la ropa, me puse la bata y me fui a dar un baño. Guardé la ropa sucia dentro del recipiente de la ropa sucia. El día siguiente era sábado, vendrían los de la lavandería y se lo llevarían todo.

Almorcé poco porque no tenía hambre. Mamá me preguntó si me sentía bien. Le respondí que sí, pero no le quise dar mayores explicaciones. Luego de lavarme los dientes y de ponerme un nuevo traje me dispuse ir al banco a depositar el dinero y a hacer otras diligencias de mi trabajo.

Por más que quería dejar de pensar en lo que me había ocurrido no podía, por lo que pasé muy alterado el resto de la tarde. Indefectiblemente las caras del asaltante y del muchacho del pinchazo se me venían constantemente como si se tratara de una pesadilla machacona, al extremo de que en determinado momento me entró una confusión muy grande. ¿Por qué se tuvo que haber pinchado la llanta del carro ese día? ¿Por qué no encontré otro pinchazo en el camino? ¿Por qué se le ocurrió al asaltante llegar ese día y a esa hora a donde yo estaba mientras me arreglaban la llanta del carro? y así como esas preguntas se me venían otras que hacían que me sintiera sumamente confundido y triste, pero al mismo tiempo molesto y hasta ultrajado.

Esa noche habíamos convenido con mi primo Nery en que saldríamos a tomarnos unas cervezas, pero la verdad es que no me sentía bien; sin embargo acudí al bar en donde nos reuníamos siempre: Como si se tratara de una confesión incómoda, le fui relatando lo que me había ocurrido esa mañana. Y es que la verdad es que por alguna causa absolutamente infundada, hasta me sentía un poco culpable de la muerte del ladrón; a lo mejor porque nunca había pasado por una experiencia semejante. Al principio Nery se mostró sorprendido, pero luego de que hube terminado con mi relato alabó alegremente la actitud del muchacho del pinchazo y afirmó, con una convicción que no dejaba ninguna duda, que así era como se debían arreglar las cosas en este país de mierda. Así lo repitió varias veces, que este era un país de mierda. Después de las primeras cervezas me fue volviendo el gusto al cuerpo. El bar era un hervidero de parroquianos, todos conversando alegremente de sus cosas. La música era agradable y no había motivos para la tristeza. Abundamos sobre el tema casi hasta agotarlo; nos contamos los últimos chistes, nos reímos de las ocurrencias de los políticos cuando de cometer delitos y de engañar a la gente se trata, luego nos despedimos y nos fuimos para nuestras casas, no sin antes convenir muy formalmente en reunirnos de nuevo el próximo viernes. Yo me sentía excepcionalmente liviano y feliz.

Antes de llegar a mi casa pasé a un comedor de chinos y me tomé tres cervezas más. En la rocola sonaban fuerte las canciones de los Tigres del Norte. Varios muchachos, cuya mesa estaba llena de botellas, cantaban también las canciones. Estaban contentos; entonces me sentí mejor porque supe que todo estaba bien, que no había pasado nada extraordinario y que no había por qué dar importancia a las cosas que no la tienen.

Luego de desearle buenas noches a mamá me acosté e hice las oraciones que hago desde niño. Seguramente por el efecto de las cervezas o por el cansancio, o porque tenía la conciencia tranquila, me dormí inmediatamente.

Me quedó para siempre la costumbre de que cada vez que paso frente a donde estaba el pinchazo miro hacia allí. Ahora hay una abarrotería llena de rejas. Todo muy en orden. Todo muy normal. Ahí nunca pasó nada.

La visita nocturna

El Informe Médico Forense extendido por el Hospital General señaló que la señora Filomena Miranda, de 62 años de edad, había muerto a las tres de la mañana con diez minutos del día tres de marzo de 1999 a causa de insuficiencia respiratoria y congestión pulmonar. Amabilia, su hija, que no se había movido del Hospital desde el ingreso de su madre cinco días antes, poco a poco había ido entrando en un estado anímico de tranquila resignación, al extremo de que cuando recibió la noticia apenas se inmutó; más bien dio gracias a Dios, firmó sin leer los documentos que le pusieron enfrente y se dispuso iniciar los trámites del sepelio.

Había vivido con su madre toda la vida, incluyendo el lapso en el que se había casado con el hombre que la había enamorado desde siempre. Se trataba de un buen hombre que la amaba de veras y que se había sabido ganar el cariño de doña Filomena, pero a quien le resultó imposible vivir al lado de una mujer que lloraba todas las noches. Tuvieron una hija que les nació enferma, y que a pesar de los cuidados, las medicinas y los cariños de los padres y de la abuela, sólo vivió dos años. El día que el marido, incapaz de soportar las adversidades y el comportamiento extraño de su esposa, decidió terminar con el mal matrimonio, Amabilia comprendió que el destino no lo podía cambiar nadie y que su vida estaba ligada a la de su madre para siempre.

El único hermano se había ido para los Estados Unidos hacía ya más de 30 años. Prometió ayuda que jamás envió; sólo una que otra carta avisando de la buena salud y de los múltiples problemas económicos. Hasta cuando pudo, su madre le había contestado cartas llenas de bendiciones y ternura; pero luego de quedarse casi ciega a causa de la diabetes, era Amabilia quien las recibía, pero jamás las contestó, aun cuando le afirmaba lo contrario a su mamá.

Unos pocos días antes de hospitalizar a su madre, Amabilia se dirigió al ropero, tomó la cajita de madera que en su tiempo había sido el estuche de algún perfume, sacó el fajo de cartas atadas con un pedazo de listón de los que se usan para adornar los regalos y percibió el olor a guardado. Luego de mirarlo como con cólera deshizo el nudo. La última estaba fechada hacía más de diez años. Comprendió que tenía el deber de darle parte del suceso a su hermano, pero no lo hizo.

Hubiera querido enterrar á su madre ese mismo día, pero en el Hospital le explicaron que no sería posible entregarle el cadáver sino hasta que fuera sometido a la autopsia.

—¿Y para qué le van a hacer eso a mi mamá? —preguntó con ojos de susto.

De forma poco cortés, un estudiante de medicina le explicó que se trataba de un trámite obligatorio.

—¿Y por qué?

—Porque tenemos que descartar cualquier posibilidad de enfermedades infecto-contagiosas.

—Pero si mi mamá murió de neumonía, y que yo sepa, eso no es contagioso —le explicó ella en tono de súplica.

—Sí, pero como le digo, se trata de un trámite obligatorio.

—¿Y qué pasa si yo no lo permito? —preguntó, ya con evidente molestia.

—¿De quién es esta firma? —le preguntó a su vez el muchacho, mientras le mostraba un documento. Amabilia reconoció su firma.

—¿Ya lo ve? Usted misma firmó la autorización para que se le hiciera la autopsia a su mamá.

Amabilia tuvo que aceptar que, efectivamente, había firmado el documento y se sintió preocupada a la vez por recordar que había firmado otros documentos sin leer su contenido.

—¿Entonces a qué hora me la van a entregar?

—Yo digo que por ahí por el medio día.

Los muchachos de la funeraria le explicaron que no, que los cadáveres que eran sometidos a autopsia eran entregados entre las tres y las cinco de la tarde; que el cementerio lo cerraban a las cinco, por lo que lo mejor sería programar la velación toda la noche.

—Es que yo hubiera querido que el entierro fuera hoy mismo —les explicó.

En vista de que no era posible hacer nada, Amabilia decidió irse para su casa. La encontró descuidada y sucia, por lo que se puso a barrer y a trapear los pisos y a arreglar lo que estaba desarreglado; luego se bañó a la orilla de la pila y echó su ropa dentro de un balde lleno de agua con jabón. Cuando estuvo en su dormitorio comenzó a vestirse despacio, mientras miraba la cama ya vacía para siempre de su mamá. De pronto le vino el cansancio. Le vino junto con la tristeza y hasta entonces se echó a llorar como si la pena y los desvelos estuviesen cobrándose la deuda. Lloró hasta que le fue llegando una sensación de calma que le vino desde el corazón. Se secó las lágrimas, se limpió la nariz y se puso a buscar su vestido negro. Se arregló el pelo, se miró ante el espejo y se echó un poco de crema en la cara para disimular las ojeras. Escogió el vestido y los zapatos más bonitos que tenía su madre y los metió dentro de una bolsa plástica. Vio que todo estuviera en orden, aseguró la puerta y salió. Una de sus vecinas le salió al paso para expresarle sus sentimientos de pesar, al mismo tiempo que le recordaba que ya su mamá estaba descansando y que ella recibiría muchas bendiciones por haber sido una buena hija y por haberla cuidado siempre. Amabilia le dio las gracias y le pidió, por favor, que le diera un vistazo a la casa.

—Por aquello de los ladrones -le dijo. La vecina le respondió que no se preocupara, que con mucho gusto.

Durante el camino de regreso al Hospital, recordó la temporada en que su hermano se había llevado a su mamá a los Estados Unidos. Fueron seis meses en los que se sintió de verdad sola; sin embargo, también se sintió agradecida con el hermano porque por fin había cumplido su promesa de llevarla a pasear con él. Después, cuando se enteró de que el propósito de la invitación había sido para demostrar ante el fisco que tenía una carga, volvió a verlo como lo que era, un tipo despreciable. y lo despreció aún más cuando descubrió que durante su estancia la había hecho firmar ciertos documentos por medio de los cuales se hacía contar que la casa había pasado a ser propiedad de él.

Estuvo en el hospital desde las dos de la tarde, pero no fue sino hasta las cuatro y media que le entregaron el cadáver. Se echó a llorar cuando vio las costuras groseras en la cabeza, en el pecho y en el abdomen. Con la ayuda de una enfermera que andaba por ahí la vistió. Hubiera deseado echarle colorete en la cara, pero no llevaba nada de eso. Es que jamás pensó que podría necesitarlo; sin embargo, la enfermera tenía un lápiz labial con el que pusieron un poquito de color en los labios y en las mejillas de la señora. Cuando todo estuvo listo, el cadáver fue trasladado a la funeraria. Eran ya las cinco y media de la tarde.

Sus compañeros de trabajo y sus pocos familiares se fueron apareciendo como por oleadas; todos con caras de circunstancias. Ella fue aceptando las condolencias con gesto de resignación y hubo un momento en que hasta se sintió importante cuando recibió una corona de flores que enviaba el

Gerente de la empresa.

—¿ Ya le avisaste a tu hermano? -le preguntó uno de sus tíos.

Amabilia recordó entonces, como puntualmente lo hacía todas las noches, al hermano metiéndose en su cama. Inmediatamente le vino la sensación de sentirse inmundada que le venía siempre que se recordaba de su hermano. Recordó sus amenazas si le decía algo a su madre y sus explicaciones al respecto de que debía conocer cómo eran las cosas de la vida. Ella tenía entonces ocho años y él diez y seis, y sólo dejó de asediarla cuando decidió irse para los Estados Unidos. Ella tenía ya trece años.

Cuando recordaba esas cosas se echaba a llorar quedito, entonces su mamá, con ojos de susto le preguntaba qué era lo que le estaba pasando. Ella le respondía que no era nada, sólo que de pronto le había entrado la tristeza. Habían transcurrido más de treinta años y en treinta años cualquier cosa se olvida, pero a ella le resultaba imposible.

—Sí, ya le avisé —le mintió al tío.

Una de las vecinas organizó el rezo del rosario y de pronto Amabilia se halló repitiendo oraciones y letanías. No le causó sorpresa descubrir que aun cuando respondía a las oraciones, su mente se iba por otros rumbos; sin embargo, tal cosa no le generó ningún remordimiento, ya que siempre le ocurría lo mismo con los rezados; por lo que tampoco se sintió mal cuando de pronto dijo "amén" , con lo que dio fin el acto religioso.

Conforme avanzó la noche la capilla se fue quedando vacía. Cada quien que se retiraba le daba un abrazo, le decía las cosas que se dicen siempre en las funerarias y ella daba las gracias.

Muchas veces se había sentido sola, pero ahora supo que se había quedado sola de verdad. Hubiera deseado sentir sueño y echarse a dormir sobre uno de los sofás, tal como lo estaban haciendo algunas personas que estaban velando a sus muertos en las capillas vecinas, pero a lo mejor por el café que había tomado, o por el día tan lleno de acontecimientos, se sentía despejada. Lo único que podía hacer era pensar, aunque tal ejercicio le hiciera daño.

En algún momento el tiempo comenzó a caminar demasiado despacio. Se dio a la tarea de observar detenidamente los detalles de la capilla en la que se encontraba. Vio las mesitas, los sofás un tanto desvencijados, las sillas plásticas, los ceniceros enormes y anticuados, los cirios formando un cuadrado, el crucifijo en la pared de la cabecera del ataúd, los floreros, las coronas y un rosario que alguien había dejado sobre el reclinatorio. Recordó la insistencia del vendedor para hacerle comprar el servicio funerario que ahora estaba utilizando. Lo había comprado a pesar de las estrecheces económicas; pero, tal como le había sugerido el vendedor, hay cosas que no se pueden postergar por mucho tiempo.

—¿ Te ayudó tu hermano a sufragar los gastos?

—Sí —le había mentido al tío. Le había mentido porque no deseaba dar explicaciones de nada a nadie.

Como aún no había terminado de pagar las cuotas del servicio funerario, uno de los funcionarios de la empresa le explicó que se tendría que hacer un nuevo contrato para financiar la deuda; además, debía presentar un fiador. Le habló de intereses, de nuevas cuotas más altas y de plazos y ella le dijo que estaba bien. Una compañera de trabajo le hizo el favor de servirle de fiadora y de esa forma había quedado resuelto el problema del nuevo contrato. Después de todo, lo único que había comprendido era que el pago mensual casi se duplicaría, pero tal cosa no le causó preocupación en vista de que de

ahí en adelante ya no tendría que comprar las medicinas que tomaba su madre, cosa en la que se iba gran parte de su sueldo. También pensó en la conveniencia de mudarse a un apartamento más pequeño y más cercano a su trabajo; y con un poco de suerte, no muy caro. Alguna vez le había propuesto tal cosa a su madre, pero la señora no había estado de acuerdo aduciendo la comodidad del mercado a la vuelta y el vecindario amable y solidario. Cosas de la costumbre; pero eso sí, la señora tenía razón en cuanto a lo del vecindario; además, resulta muy difícil cambiar de domicilio cuando se ha vivido en un mismo lugar toda la vida.

—¿Y cuándo viene tu hermano?

—Dijo que mañana temprano, yo digo que ya viene en camino —había mentido de nuevo.

Otra de las ventajas de la mudanza consistía en que si algún día el hermano mandaba alguna correspondencia, cosa sumamente improbable, ésta le sería devuelta. El levísimo cordón, precariamente sostenido desde que se había ido, quedaría roto definitivamente. Al principio no lo comprendió así, pero después tomó conciencia de que esa sería su venganza; y es más, si algún día regresaba encontraría la casa abandonada y nadie podría darle razón de ella.

—¿Y cuándo fue que tu hermano vio por última vez a tu mamá?

—Desde que se la llevó unos días a pasear con él, hace más de veinte años —había respondido, mientras experimentaba la incomodidad que se le dejaba venir cuando se recordaba del hermano.

Sí, ahora estaba verdaderamente sola y sintió más fuerte el frío de la madrugada. Escuchó el silencio definitivo de una ciudad que se abandona, a sí misma, tan solo interrumpido de vez en cuando por el paso de algún vehículo o por la sirena de alguna ambulancia.

En algún momento el sueño la venció. Se quedó dormida en el sofá mientras se hallaba metida dentro de sus meditaciones. A lo mejor soñó alguna cosa o a lo mejor no soñó nada.

De pronto se despertó al sentir la mano de alguien sobre su hombro. Alzó la vista y se topó con los ojillos maliciosamente sonrientes de un señor rechoncho y calvo que era su hermano. Reconoció inmediatamente esa mirada perversa que no la había dejado nunca en paz. Supo que no se trataba de un sueño porque los sueños no son así. Quiso decirle algo pero no pudo. El señor le estaba diciendo alguna cosa pero ella no podía escucharlo; sólo se levantó del sofá y se hizo para atrás, como si se estuviera preparando para defenderse de algo. El señor la abrazó y ella se dejó abrazar. Le preguntó alguna cosa pero ella no le pudo responder nada porque no comprendió lo que le estaba diciendo. Le explicó la forma en que se había enterado de la noticia y le ofreció apoyo económico para sufragar los gastos, pero ella tampoco pudo entenderle porque ni siquiera había tenido tiempo para asimilar esa nueva forma de sorpresa y terror.

Estaba amaneciendo. Una vecina madrugó para darle el pésame. En forma mecánica le presentó al señor como su hermano, tal como lo hizo con la gente que fue llegando más tarde. Se trataba de compañeros de trabajo, vecinos y parientes, pero por el estado de confusión en el que se hallaba, le pareció gente extraña.

Cuando llegó la hora en que se debía trasladar el cadáver al cementerio pensó, llena de angustia, —la angustia cotidiana—, que también, indefectiblemente llegaría la noche y ahí estaría su hermano. Como siempre. Como todas las noches porque después de todo nunca se había ido. Nunca la iba a dejar en paz.

Mal viaje al paraíso

La madrugada inició su andar con la indiferencia cotidiana. De pronto los minúsculas agujas de cierzo y frío quedaron suspendidas durante un instante apenas, como si se hubieran detenido a la espera de una orden inminente; entonces Maribel abrió los ojos, justo un minuto antes de que sonara el despertador.

Le sucedía siempre, por lo que ni siquiera comprobó que, efectivamente, eran ya las cuatro de la mañana. Durante ese minuto pensó en lo qué pensaba todos los días al nada más despertarse: que hoy tendría noticias del marido que se había ido hacía ya más de cuatro años para los Estados Unidos.

Cuando al cabo de su minuto escuchó el sonido terco del despertador, alzó el brazo y manoteó hasta alcanzar el pequeño aparato; desactivó la alarma y de inmediato se dispuso levantarse. A esa hora es cuando más agradable se toma el sueño, pero ella no podía perder ni un instante.

Como sonámbula se dirigió al bañito, bostezó largo, se rascó los brazos, se miró los ojos tristes y las arrugas rotundas ante el espejo; suspiró resignada y se sentó al inodoro a orinar; en seguida se desnudó y se bañó a palanganadas con el agua que había dejado desde la noche anterior dentro de un balde plástico; luego, mientras se maquillaba y se vestía a la carrera les gritó a sus hijos que se dieran prisa porque se les estaba haciendo tarde. Los peinó, les arregló la ropa, vio que tomaran el desayuno preparado desde la noche anterior, les entregó las loncheras, los bolsones y el dinero que siempre les daba para el bus, sin siquiera advertir que desde hacía ya mucho tiempo todas sus actividades eran una cosa puramente mecánica. Hábitos cotidianos enajenantes, como sueños remotos que sólo son reales porque van dejando cansancio y arrugas.

(Si Julio estuviera aquí, con nosotros, las carreras no serían tantas. Ni las angustias ni las estrecheces. Todos los días la misma cosa: mami, necesito dinero para esto, necesito dinero para aquello. Dinero, dinero, dinero ... ¡Ay Dios! ¡Dinero para todo!)

—¡Apúrense, pues. Ya nos agarró la tarde ... !

A eso de las seis de la mañana salió de su casa con sus hijos, cuidando de hacer el menor ruido posible para que su mamá, ya muy anciana y enferma, no se fuera a despertar. Al llegar a la parada de los buses pudo ver que había muchas personas. Conforme iban pasando los minutos llegaban más personas, Y ella repitiendo quedito:

—Ay Dios, que se apure la camioneta. Ay Dios, que ya no venga más gente.

Pero ni una cosa ni la otra. Consultó su reloj y comprobó que ya no podía esperar más.

—Bueno mis hijos —les dijo aparentando calma—, que les vaya bien, ahí regresan temprano, tengan mucho cuidado, hacen sus deberes, estudian sus lecciones, se portan bien y atienden a la abuelita.

(A lo mejor tenía razón Julio cuando me decía que esto no era vida. Después de que nació el nene comenzó con que ya ves, ya nos vino familia y yo no quiero para mis hijos lo mismo que me tocó a mí; yo quiero que ellos vayan a un buen colegio, que estudien algo bueno. ¡Claro que tenía razón! ¿Quién no va a querer cosas buenas para sus hijos?)

Hubiera deseado quedarse un momento más hasta estar segura de que habían logrado subir al bus,

pero no le fue posible, ya que debió salir corriendo para estar a tiempo en la otra parada, a tres cuadras de distancia, para tomar su propio bus e irse a su trabajo. En el camino pensó que si pagaba el abono de la enciclopedia desajustaba para lo del pago de la renta. Y la niña con que había que mandar dinero a la escuela para los cursos de computación y la compra de un libro de Ciencias Sociales. Y su mamá, que se ponía peor cuando ella se atrasaba en la compra de las medicinas.

—Eso de ser uno pobre y tener enfermedades de rico no deja de ser una injusticia —dijo en voz baja, y de inmediato le entró el susto cuando se dio cuenta que estaba hablando sola.

(A lo mejor hoy, cuando regrese me encuentro con que Julio volvió. Si así fuera se acabarían los problemas. Ya pasaron ¿cuántos? Sí, cuatro años y medio. Ni siquiera una carta, alguna noticia. Nada. Después de tanto tiempo una debería resignarse y olvidarlo todo. Sí, decirlo es fácil, pero yo no puedo)

Entonces Julio le acariciaba el estómago, que cada vez lucía más abultado, y se sonreía feliz, pero casi inmediatamente le entraba el desasosiego. Al principio ella no le hizo caso. Como nunca había conocido otra cosa, concebía la vida como un sacrificio interminable; como una carrera cotidiana, por lo que no veía nada de extraordinario en eso de trabajar todo el día, de luchar todo el tiempo, de vivir en un cuartito lejano e incómodo.

(Por qué tuvo que aparecerse un día y enamorarme con ese su modo medio avergonzado de decir las cosas cuando quería algo? ¿Para qué la alegría de llenar la vida con lo que hace falta, si luego se vuelve a quedar todo como vacío? Ahora, ¿en dónde voy a encontrar su sonrisa, sus manos y su cariño durante las noches infinitamente solitarias en las que cada vez con más fuerza se reafirma en mí su recuerdo?)

—Vamos a dar una vuelta por ahí —le decía Julio cualquier domingo.

Y se iban al centro, sólo a caminar. Otras veces a visitar a la tía Adela, que vivía al otro extremo de la ciudad. No sabían si el paseo consistía en visitar a la tía o andar casi media tarde subiéndose y bajándose de los buses. Julio era un hombre trabajador que le decía cosas que la hacían reír. Que se reía con ella por cosas triviales; que de pronto se ponía serio y le repetía la historia de un niño y su madre a quienes el papá había dejado abandonados. Era su propia historia.

Cuando nació su hijo, Julio se había puesto feliz. Se había emborrachado con los amigos porque según éstos, esa era la forma correcta de mostrarle al mundo su alegría.

—Ahora vamos a tener que trabajar más duro —le había dicho después a Maribel, cuando se le comenzó a pasar la euforia indescriptible que experimentan los hombres cuando les nace el primer hijo.

Dos años más tarde había nacido la niña, que ahora tenía ya casi ocho. El comentario fue el mismo; que tendrían que trabajar más duro para que los muchachos salieran adelante; pero de pronto se había vuelto un hombre taciturno y se le había metido con fuerza la idea de que no le veía futuro a la vida.

—¿Y qué tal si nos vamos para los Estados Unidos —le propuso un día a Maribel.

Ella escuchó la propuesta como si se tratara de algo remoto. Como si se tratara de una cosa fuera de toda posibilidad. Era cierto que mucha gente se estaba yendo para los Estados Unidos, pero se trataba de la gente, de personas que no eran ellos, de seres extraños que a lo mejor tenían otra forma de ver las cosas.

—Es que ya me cansé —le decía poniendo cara de fastidio—. Nos vamos a pasar la vida trabajando como bestias y nunca vamos a llegar a ninguna parte. La vez pasada nos pusimos a platicar de estas cosas con Ramón y me contó que tiene un hermano que aquí nunca hizo nada, pero un día dispuso irse para allá y ahora está muy bien. Todos los meses les manda dólares.

Maribel lo escuchaba desde la movilidad de sus quehaceres y terminaba pensando que tal vez tenía razón, pero dándole a entender que la cosa no era con ella.

Maribel se presenta siempre puntual a la fábrica de camisas donde trabaja. Ya logró ascender hasta el puesto de jefa de su sección. Ha encarado las ventajas y las desventajas propias de dicho cargo y se ha ganado la malquerencia de las operarias. Termina la jornada con los pies adoloridos y la espalda como queriendo reventársele de puro cansancio. O tal vez porque la frustración y la rutina también cansan. Regresa a su casa, ya casi entrada la noche, a hacer la limpieza, a lavar la ropa, a preparar la comida, a ver que las medicinas de su mamá ya se están terminando pero el mes aún no; a revisar los deberes de los niños pretendiendo entender lo que no puede entender; a planchar un poco de ropa, a platicar un ratito con su madre porque la pobre se queda sola todo el día, a dejar listo el desayuno y por último a poner el despertador. Entonces se acuesta totalmente rendida después de las once de la noche.

—Es que aquí no hay futuro. Ya ves cómo todo se pone cada vez más caro; el dinero nunca alcanza y en la fábrica todos los días lo amenazan a uno con que va a haber corte de personal, y uno dispuesto a aguantar lo que sea con tal de que no lo echen. Yo ya me cansé. Hace unos días me dijo Ramón que le va a escribir a su hermano para ver la posibilidad de que nos vayamos para allá. Si así fuera, entonces yo me voy primero; en cuanto pueda te mando dólares y después te mando a traer con los patojos.

Maribel sintió miedo. Estaba bien que su marido dijera siempre lo mismo, pero de eso a que ya estuviera disponiendo irse, era otra cosa.

—¿No será que te querés ir porque ya te aburriste de nosotros?

—¿Cómo vas a creer? Lo que pasa es que aquí no hay esperanza. A ver, decime ¿cómo se te ocurre que podemos salir de esto? ¿Trabajando más? No, así no se puede. Nos vamos a morir y no vamos a lograr nada. ¿Cómo vas a pensar que yo me quiera ir porque ya no quiero estar con ustedes? ¿Cómo vas a pensar que yo quiera para mis hijos lo mismo que me pasó a mí? Lo que yo digo es que es bueno que nos vayamos para allá ahora que todavía estamos jóvenes. Porque esa es otra cosa —continuó diciendo casi alegre por haber hallado otro argumento para reforzar su propuesta—, cada día que pasa uno se va poniendo más viejo; ¿y quién le da trabajo a los viejos? Ya viste que antes contrataban trabajadores no mayores de 35 años, pero ahora los quieren no mayores de 25, y cuando uno ya tiene algún tiempo de estar en alguna empresa lo echan con tal de pagarle prestaciones mínimas.

Y continuaba exponiendo sus razones, pero Maribel no deseaba escucharlo. A lo mejor lo que él decía era cierto, pero eso de que se fuera, de que la dejara sola aunque fuera nada más por una temporada, la aterraba. Julio era lo único bueno que había encontrado en la vida. Su mundo se circunscribía a él, a su madre ya sus hijos. Aparte de ellos no tenía nada.

El reloj, la máquina que suena siempre a las cuatro de la mañana, pone en movimiento a la máquina grande en que se ha convertido ella. Así se los dijo a sus hijos una vez que los halló más disgustados que de costumbre por tener que madrugar toda la vida.

—Eso somos, mis hijos, máquinas que tenemos que trabajar todos los días, pero tenemos que tener

paciencia; todo se va arreglar cuando vuelva el papá de ustedes.

Ella bien sabe que las operarias no la quieren porque el odio y el rencor en algún momento se vuelven cosas tangibles, pero trata de no hacer caso porque no tiene alternativa. En la posición en que ella está no se trata de ser buena o mala gente, sino de cumplir con una labor por la que percibe una remuneración. Desempeña un trabajo duro y desagradable; pero al fin y al cabo es un trabajo como cualquier otro. Además, necesita el dinero que le pagan.

Por fin un día Julio se había ido con el amigo para los Estados Unidos. Se habían ido mojados porque les negaron la visa en la embajada norteamericana. Julio se había llevado un poco de dinero que luego Maribel tuvo que pagar.

—En cuanto llegue, lo primero que haré será avisarte.

Pero después de más de cuatro años nadie sabe nada.

Al principio Maribel decidió buscarlo. ¿Pero cómo? ¿En dónde? ¿A quién acudir? Los parientes del amigo con quien se fue viven en un pueblo que ella ni siquiera sabe por dónde queda. Alguien le aconsejó que fuera a exponer su caso a la Oficina de los Derechos Humanos. La persona que la atendió fue muy cortés, pero no le pudo resolver nada.

—Cuando alguien sale en esas circunstancias del país se vuelve nadie, señora. Ya no existe en ninguna parte. Es como si se lo tragara la tierra; Bien puede uno morirse que nadie se da cuenta y a nadie le interesa. Es sólo un número más para las estadísticas. ¿Comprende?

Las minúsculas agujas de cierzo y frío de una nueva madrugada están como suspendidas.

(Es que no puede ser. El siempre me dijo que nunca nos iba a desamparar. Por mí no importa, es por lo niños. Al principio yo estaba tranquila porque estaba segura de que pronto tendría noticias suyas; pero ahora, cada día que pasa me crece la sospecha de que le hicieron algo; de que lo mataron en alguna parte para robarle el dinero que llevaba, o de que se murió en el desierto ese que dicen que hay en el que se mueren los que intentan atravesarlo. Pero si así hubiera sido alguien lo habría visto y ya nos habrían avisado. Ni que se lo hubiera tragado la tierra. Algo me dice que está vivo y que va a volver. Siquiera que hubiéramos estado disgustados; pero no, nunca nos peleábamos como para pensar que se fue porque ya no deseaba estar con nosotros. Ya no sé ni a qué santo pedirle que me ayude porque ya les pedí a todos. A lo mejor hoy, cuando regrese del trabajo me encuentro con que ya volvió. O encuentro una carta suya. ¡Ay Dios! ¿Qué hiciera?)

Maribel hubiera deseado seguir tratando de encontrar alguna respuesta a sus interrogantes, de hallar por fin una salida para su incertidumbre pero no pudo porque ya había pasado su minuto. Porque justo en ese momento sonó el despertador.

Cuando el tiempo es eterno

Son casi las tres de la mañana. Mi madre decía que no había cosa peor en el mundo que llegar a viejo. Todos pasamos por esa etapa tan linda de la vida en la que no creemos en nada de lo que dicen los viejos. Como si el tiempo fuera de cada quien o estuviera detenido, esperando algo. A veces me pongo a pensar y me pregunto, ¿es el tiempo el que está detenido o es una la que camina? y si es el tiempo el que camina, ¿va para la derecha o para la izquierda? ¿ü para arriba?

La Enriqueta me atiende. La Enriqueta me asea las manos y la boca. Ella me baña y me hace compañía. ¿Qué haría yo si no existiera la Enriqueta? ¿Habría nacido otra Enriqueta?

Hoy es jueves ... no, hoyes viernes. La división del tiempo en días, meses y años ya no importa. Se me volvió una masa el tiempo. Como si fuera una montaña confusa. Sale el sol Y se va sin ningún sobresalto ni esperanza. Cuando se es muchacha una cree que es bueno vivir muchos años, pero después la vida para enredándolo todo. Ahora pienso que tal vez habría sido mejor vivir poco tiempo. ü tal vez la mitad. ¿La mitad de qué?

La nena tiene algo así como cuarenta y cinco años. Vamos a ver, ella nació cuando yo tenía treinta y cinco. ¿ü treinta y cuatro? Cuando nació su hija mayor, que se llama Meladi ... no, no se llama Meladi, se llama Melani o algo así. Yo no entiendo eso de ponerle nombres raros a la gente. Digo que cuando nació su hija ella tenía veintidós años ... o veintitrés, ya no lo recuerdo muy bien.

De todos mis hijos, es Jorge el que me viene a ver más frecuentemente. Algunas veces a cada semana y otras a cada dos. Siempre anda corriendo. Entra, me pregunta cómo estoy, y antes de que le responda se pone a mirar el reloj. Me deja dinero, me da un beso en la frente y se va. Viene los lunes o martes. La nena casi nunca, y cuando viene se pone a regañar a la Enriqueta. Y también a mí me regaña. Se comporta como si le hubiéramos hecho algún daño. Nada le parece bien. A veces trae a sus hijos, que son unos muchachos blancos, altos y guapos a quienes nunca tuve la ocasión de demostrarles mi cariño. Siempre están con caras de aburridos. Sólo vienen y ya se quieren ir.

—Adiós abuela —me gritan de lejos. Y se van.

Cómo recuerdo los domingos de antes, que entre las carreras del desayuno, ir a la misa, preparar el almuerzo, lavar la vajilla y descansar un poco, se pasaban volando. La casa se mantenía llena de flores, de jaulas de canarios, de bulla de niños y el agua era abundante. Ahora hay mucho silencio. En algunas ocasiones nos íbamos a pasear a El Zapote o a La Reforma. Nos íbamos y nos regresábamos caminando. Ahora todo está lleno de casas. De casas y de carros.

Un día Adolfo me dijo que él se iba a morir primero y así fue. Yo, en cambio, no me muero. A veces pienso que mis hijos hasta desean que me muera para que ya no los estorbe ni sientan el compromiso hostigante de tener que venir a visitarme. ¡Ay Dios! ¡Yo pensando esas tonterías! Tenía razón mi mamá cuando decía que no hay cosa peor que llegar a viejo.

Antes le llevaba flores a Adolfo todos los domingos, hasta que ya no pude. Los muchachos nunca pueden llevarme al cementerio. Tienen razón, ya tienen su propias familias y sus propios problemas. El tiempo no camina. Está detenido. Miro el reloj. Son las tres de la mañana y no hay ruidos. Cierro los ojos tratando de llamar al sueño, que ahora es tan esquivo y las ideas sólo se me van y se me vienen. Pienso en mis muchachos y me cuesta creer que ya son hombres y que hasta están comenzando a ponerse viejos. El tiempo sólo queda marcado por los días que viene Jorge o el Doctor. Lo único constante son las medicinas.

La Enriqueta me prepara mi comida, me ayuda a salir al jardín para tomar el sol y me cuida. El doctor viene a visitarme los viernes. A veces hasta se me olvida y cuando lo siento ahí está; entonces me doy cuenta de que es viernes. Siempre me pregunta lo mismo, me toma la presión y la temperatura, le pregunta a la Enriqueta si me estoy tomando las medicinas. El también anda lleno de prisas. Ha de tener muchos compromisos, como todos los médicos. Miro otra vez el reloj y compruebo que son las tres de la mañana con dos minutos. El tiempo no camina.

A Rafael no lo querían sus hermanos. Es que era un poco descuidado. Nunca le gustó estudiar. Todos se fueron a hacer sus vidas y él se quedó aquí, conmigo. Desde pequeño era especial. Yo lo regañaba y él me pedía perdón. A los otros los regañaba y se me quedaban mirando con rencor. Rafael no, él era humilde. Me abrazaba fuerte, me miraba con cariño y me decía: "la quiero mucho, mamaíta". Se desaparecía durante tres o cuatro días y cuando regresaba daba pena verlo. Era descuidado. Yo me ponía a regañarlo; me cansaba de regañarlo y terminaba llorando; entonces él también se ponía a llorar y me pedía perdón. Me ofrecía que se iba a componer, que iba a buscar un buen trabajo, que iba a ser un triunfador, igual que sus hermanos; después me hablaba de sus proyectos. "Voy a ser músico, voy a ser famoso, ya va a ver mamaíta, usted va a estar muy orgullosa de mí". Y me besaba y se ponía a bailar conmigo y a cantar las canciones que él mismo componía y parábamos muertos de la risa. Yo le decía que sí, que claro, que iba a ser un triunfador, pero en el fondo sabía que no. Hasta con sus hermanos, que tan mal se portaban con él, era humilde. Cuando venían los saludaba, les sonreía y les preguntaba por sus hijos. Ellos sólo medio le hablaban. Trataban de evitarlo. Lo usaban de pretexto para no venir. Cuando venían y él no estaba, se ponían a decir cosas de él. Que era un mantenido, un inútil y un vicioso. Yo no sé, pero era el único que de veras me quería. ¡Ay no! ¿Cómo puedo decir eso? Tal vez todos me quieren, pero es que él me tenía un cariño especial. Un día consiguió trabajo en una fábrica. Andaba repartiendo no sé qué documentos en una moto. Cuando le pagaban su sueldo se aparecía con flores, con alguna comida rica y mandaba a la Enriqueta a la tienda a comprar aguas gaseosas; yo ponía el mantel más bonito, el . que sólo usábamos cuando teníamos algún acontecimiento extraordinario; él ponía las velas y la música y nos dábamos una cena especial; así decía él, una verdadera cena especial; luego me pedía que le declamara los versos con los que lo arrullaba cuando era niño; después sacaba su guitarra y nos poníamos a cantar. Esos fueron los últimos momentos felices de mi vida. Un día tuvo un accidente con la moto y murió. Ni siquiera me dejaron verlo porque quedó con la cabeza deshecha. ¡Ay dios, mi muchacho, tan guapo que era! Tenía los ojos tan grandes y tan bonitos. Como para que no se fueran a enamorar, de él todas las mujeres. Después de su muerte conocí lo que es la soledad en su forma más terrible.

Ya casi son las tres y cinco. Una debiera morirse cuando tiene cincuenta años, no más; así como Adolfo, que se murió a los cincuenta y ocho. Los muchachos viven orgullosos de él; siempre están diciendo que su papá aquí y su papá allá. A mí también me quieren pero a lo mejor ya les entró cansancio de cariño.

Hoy vino Alberto. Como siempre, sólo de entrada por salida, yeso que tenía como tres meses de no venirme a ver. Me dio un beso en la frente, igual que sus hermanos. Me preguntó cómo estaba y si no me hacía falta algo. Yo le respondí que todo estaba bien, que no tuviera pena porque no me hacía falta nada. Yo hubiera querido que probara un pastel que hicimos con la Enriqueta, que se tomara un café conmigo. Hubiera querido platicar con él. Hubiera querido contarle que vino el doctor y me mandó una nueva medicina. Hubiera querido contarle que me hacen falta mis canarios y mis flores.

—Tal vez otro día —me dijo, y se fue a la carrera. Hizo un tiempo para venirme a ver, pero para mirarme con cariño, para darme un abrazo con ternura, para permitir que lo abrazara, que le cogiera su cara con mis manos como lo hacía cuando era un niño, para eso no tuvo tiempo.